

EL MAS ESPECTRAL DE LOS MUNDOS SIN AURORA

FRITZ LEIBER

La querida del Astrogante preguntó:

—¿Pero de todos los mundos en los que ustedes descubrieron que el conocimiento había florecido para luego autodestruirse, y fueron más de los que yo pensaba, cuál fue el más interesante?

—No puede contestarse eso, ¡pez de sangre fría! —replicó el Astrogante—. Todos eran igualmente interesantes... e igualmente tristes. —Hizo una pausa—. Pero puedo decirte cuál era el más extraño, no, no es esa la palabra.

—El más espectral —apuntó el Planetógrafo.

—Sí, eso lo describe —acordó el Automatista—, si es que ambos se refieren a la estrella que llamamos Solitaria y su planeta Esperanza. ¡Eso pensé yo! Sí, el más espectral.

—¡Bárbaro! —urgió la Tierna Compañera del Automatista—. Me encantan las historias de fantasmas.

—¡Cuentos de muerte y desolación, sin duda! —trinó el Dulce Amor del Planetógrafo, haciendo chasquear sus labios.

—¡Monstruo mórbido! —le dijo él, juguetón.

—¡Parásito libidinoso! —rió ella en respuesta.

—¿Quién empieza? —preguntó el Astrogante.

—¡Tú! —dijeron los demás a coro: sus dos compañeros de exploración y las parejas hogareñas de los tres se hallaban reunidos en una amistad de convivencia verdaderamente simbiótica por primera vez luego del gran viaje de los tres exploradores.

El Astrogante terminó su trago, se sirvió otro, y comenzó.

—Dejamos el hiperespacio para salir a la superficie cerca del Brazo. Nuestro destino era una estrella de un grupo reducido, tan pequeña y en cierta forma melancólica que la llamamos Solitaria.

—¡Cerca del Brazo! —comentó su querida—. Entonces fue durante el período en que perdimos completamente contacto telepático. *Nuestra* época solitaria.

—Correcto. Al aproximarnos, estudiamos sus planetas. El séptimo tenía tres anillos. Una rareza. El quinto estaba destruido hacía tiempo, casi pulverizado. Un viejo suicidio nuclear profundo, o tal vez un planeta dual, mal balanceado. Puede que todavía lo sepamos al analizar los datos recogidos.

—O quizá (remotamente posible) chocó con un pequeño vagabundo oscuro que cruzaba por el espacio de Solitaria —intercaló el Planetógrafo.

—¡Qué forma de andar! —dijo su Dulce Amor—. Se lo merece por andar divirtiéndose.

—No es su culpa, sería un buen blanco.

—¿Quién es el que relata aquí? —protestó el Astrogante—. Pero al acercarnos a Solitaria, descubrimos que su Tercero era absolutamente ideal para la vida, en la mitad exacta del volumen viable. Y estaba compensado, con corrientes para remover su atmósfera y aguas, ninguna posibilidad de estancamiento. El secundario era bastante chico, muerto hacía mucho por causas naturales.

—Tal vez —intervino el Planetógrafo.

El otro continuó sin comentarios.

—...pero el primario era del tamaño adecuado, con una atmósfera rica, entonces lo llamamos Esperanza. Y recibíamos de él radiaciones que indicaban inteligencia. Eso parecía concluyente, y sin embargo —hizo una pausa— sin embargo había algo que andaba mal, casi desde el principio.

Hizo otra pausa. El Planetógrafo asintió con la cabeza.

—La atmósfera era rica, de acuerdo —demasiado rica en hidrocarburos para mi gusto.

El Automatista observó:

—Y con respecto a esas radiaciones indicando inteligencia, bueno, comenzó a haber una especie de similitud en ellas, una carencia de interacción, una carencia de la dinámica diaria que es característica de la vida mental en efervescencia.

—¿Una época de calma cultural? —sugirió su Tierna Compañera—. ¿Un período tranquilo?

—En un momento pensamos así, querida.

El Astrogante siguió.

—Situé a *Quester* en una órbita de aparcamiento paralela al período de rotación natural de Tres, de tal modo que nuestra nave quedara suspendida sobre un meridiano, con una variación norte-sur que abarcara un arco de cerca de un cuarto de su círculo de rotación.

Miró al Planetógrafo a través de la mesa flotante que los separaba.

—Tres mostraba una superficie oceánica por lo menos tres veces mayor que la tierra —continuó este último—. Nuestra oscilación diaria nos llevaba a través de dos continentes unidos por un istmo en forma de serpentina, desde la costa este del continente nórdico hasta la costa oeste del sur, cerca de su extremo, y de regreso. Tres estaba, o había estado, habitado con seguridad, y por seres de intelecto considerable aunque extraño, ya que pasamos sobre muchas ciudades.

—¿Ciudades? ¿Qué son? —quiso saber la Querida del Astrogante.

—Concentraciones anormales de viviendas y otras estructuras. Cánceres inorgánicos. Como estaba diciendo, sobre muchas ciudades y caminos grandes y anchos y zonas llanas pavimentadas que deben haber servido para la celebración en masa de ritos religiosos, o si no para el lanzamiento y aterrizaje de inmensos vehículos alados. En suma, los habitantes de Tres parecen haber tenido pasión por sellar la superficie de sus continentes con materiales inorgánicos variados.

—¡Qué insólito! —observó la Tierna Compañera del Automatista.

—Sí, realmente. En el extremo norte de nuestra oscilación diaria había una concentración de ciudades particularmente extensa —un racimo de forúnculos inorgánicos, podría decirse— junto y al borde del océano. La que contenía las estructuras más monstruosas era una isla larga y estrecha rodeada por una poderosa represa de por lo menos un cuarto de la altura que las estructuras más altas que guardaba —y eran altas!— y contra cuyo borde, o cerca, las oscuras, inquietas aguas oceánicas batían y se estrellaban incesantemente. La ciudad se hallaba junto al borde del continente. Un río muy profundo llegaba desde el norte, mientras más al noroeste se veían cinco lagos grandes, dilatados, de alguna manera interconectados.

—¿Tenía casquetes polares? Quiero decir Tres, por supuesto —inquirió con agudeza el Dulce Amor del Planetógrafo.

—No.

—¿Pero tenía anteriormente?

—Mi amor, eres intuitiva. Sí, había tenido casquetes polares hasta muy recientemente, y se habían derretido, elevando el nivel del océano, y la represa se había construido por ese motivo, paso a paso.

—Pero ¡oh, la monstruosidad de esos edificios que la represa protegía! especialmente hacia el extremo sur de la isla. ¡Su altura, su inmensidad, y sus formas macizas! Pero sobre todo la manera en que estaban todos amontonados sofocantemente, como columnas gigantes de basalto pulido. Ustedes han visto con sus propios ojos o por telepatía monumentos en otros planetas, contruidos por razas que promueven esas rarezas. Bien, imagínenlos *sin vista*, apiñados unos con otros, literalmente pared contra pared, cientos y cientos de ellos, miles y miles, y muchos de ellos tan altos como para asomar por sobre el muelle al mar ilimitado, rizado por el viento. O piensen en planetas muy superpoblados, tal que dos rascacielos están tan cerca uno del otro casi como la suma de sus alturas, y entonces *imagínenlos* embutidos sin ningún espacio entre ellos, cegadas las ventanas de sus ojos, las puertas de sus bocas gritando contra algo sólido, como si el espacio mismo hubiera sido conquistado por la materia, como amenaza hacerlo en el corazón de algunas estrellas enanas. Les digo, cuando mirábamos esa monstruosa ciudad a través de nuestros instrumentos, nos preguntábamos todo el tiempo cómo era que no se había comprimido hasta desaparecer ¡estallando como una semilla presurizada fuera de la trama del espacio y el tiempo, dentro del caos!

—Pero, ¿qué altura tenía en realidad la represa? —preguntó su Dulce Amor.

—Cien veces mi altura.

—O sea diez veces mi longitud. Sí, bastante alta —concedió, sonriéndole a su lado. Los otros cuatro en torno a la tabla flotante asintieron o expresaron su adhesión.

El Planetógrafo continuó.

—La angosta y amurallada ciudad isleña junto a la playa, aunque espectacular y con una macabra fascinación propia, no monopolizó nuestra atención. Estudiamos otras ciudades a lo largo de nuestra ruta. En suma, todo el mar y la tierra por sobre los que pasamos. Establecimos dos satélites de observación en otras órbitas a lo largo de otros meridianos. Enviamos abajo sondas para traer muestras de la atmósfera y aguas. Ubicamos los puntos de procedencia de las radiaciones de Tres y los analizamos. Por todos los medios conocidos, buscábamos vida.

"Gradualmente fuimos haciéndonos cargo (y para nuestra gran sorpresa, dado que habíamos visto las ciudades) de que nuestra primera horrible sospecha era correcta. Esperanza (Tres) estaba muerto, tan estéril como un asteroide en el espacio intergaláctico, o calcinándose por estar su órbita en el borde externo del halo de su estrella. Con su desenfrenado desarrollo industrial y tecnológico, los habitantes de Tres habían sentenciado y destruido todo tipo de vida, aún la monocelular y la viral. La atmósfera era letal. Los grandes océanos eran veneno.

—Y las radiaciones pautadas —insertó el Automatista— estaban siendo emitidas por

instrumentos automáticos autorreparables que continuarían haciéndolo hasta que su energía solar se agotara. Meros ecos de una inteligencia muerta hace mucho tiempo.

Hubo un silencio general.

El Planetógrafo retomó, en tono elegíaco.

—Los mundos sin aurora son todos tristes, cien autodestruídos por cada uno que se las arregla para capear la primer gran crisis de la inteligencia: control ambiental, ecología. Triste, triste ver un planeta marchitado por la guerra nuclear, a veces rajado hasta su propio centro. Pero esas muertes son por lo menos rápidas y súbitas. Lo más triste de todo es ver un planeta como Esperanza, muerto por envenenamiento lento, donde hasta sus inteligentes habitantes se convirtieron, por sobrepoblación, en un agente contaminador más. Pensar en su gente vigorosa creando y construyendo, albergando toda suerte de planes románticos y grandiosos para el futuro, creyéndose que controlaban sus vidas, cuando lo que estaban haciendo todo el tiempo era cavar lentamente sus propias tumbas, planear sus muertes, construir sus monstruosos sepulcros, elaborando pacientemente el veneno que acabaría con ellos, y junto con ellos con toda la vida local. Porque la vida estaba terminada en Esperanza, completamente terminada.

Hubo, porque lo era, un suspiro colectivo de las tres hogareñas en torno a la tabla flotante.

—Pero, entonces —dijo el Planetógrafo dramáticamente— tuvo lugar el hecho que parecía refutar esa conclusión aparentemente irrevocable. Del cenotafio de la monstruosa ciudad isleña amurallada se elevó un estilizado cohete ígneo que nos apuntaba. Lo dejamos aproximarse a cierta distancia, luego lo manejamos con repulsor y rayos tractores y, cuando su combustible se hubo agotado, lo ubicamos en la misma órbita de *Quester* a distancia prudencial. Examen automático, pero ese es el campo de mi amigo aquí en frente.

—Parecía ser un misil fisión-fusión de cierta potencia —reanudó el Automatista—. Era la *demora* en el lanzamiento del misil lo que parecía argumentar *contra* un sistema de defensa meramente automático disparado ante la aproximación de *Quester* y por la presencia de inteligencia viviente. Si fuera meramente un sistema robot como las radioemisoras a energía solar, con la decisión a cargo de computadoras, ¿por qué la demora? Por supuesto que había explicaciones alternativas, tal como que se requería un estímulo acumulativo para hacer funcionar el disparador. Sin embargo, al enviar abajo las sondas para una exploración más detallada, dentro y fuera de las estructuras, profundamente bajo tierra si era necesario, sentí una excitación mayor que la habitual, y hasta una premonición perturbadora, acerca de lo que descubrirían exactamente.

"Como ustedes saben, las sondas son de varias clases diferentes, que van desde flotadores esféricos hasta verdaderos robots con ocho piernas, más o menos de mi tamaño, capaces de caminar y trepar, abrir o traspasar puertas, y también disparar líneas con ganchos para cruzar hendiduras, etcétera.

"Tales sondas fueron enviadas no sólo a la ciudad amurallada, sino también a otras localidades: en los dos continentes vinculados por la serpentina, en un grupo mayor de continentes a otro lado de Tres, y en una solitaria masa de tierra sobre su polo sur.

"El mismo informe general, bastante interesante, nos llegó desde varias localidades.

Las estructuras mayores en todos lados estaban totalmente desprovistas de los restos de la forma de vida inteligente de Tres, que, más tarde descubrimos, era un bibraquio bípedo con un esqueleto mineral interno. Sus sentidos y órganos del pensamiento estaban precariamente ubicados en una caja craneal externa, en lugar de estar dentro de un robusto cefalotórax, como el nuestro, o un único cuerpo aerodinámico, como el de ustedes, mis queridas.

—Pero, qué extraño —dijo su Tierna Compañera.

—Un endoesqueleto mineral en lugar de cartílago flexible —observó el Dulce Amor del Planetógrafo con cierto disgusto.

—Huesos en el interior, ¡ugh!

—Y cuánto más agradable es nacer con tentáculos, como los nuestros, o con un dermatoesqueleto correoso nítido y protector, como el de ustedes —le dijo al Astrogante su Querida.

—Los bibraquios bípedos tenían una especie de tentáculos —le dijo él—. Cinco en cada miembro, con huesitos en el interior.

—Suenan demasiado rígido. Deben haberse movido como semi-octópodos reumáticos. O arcnoides parapléjicos, para el caso.

—Como iba diciendo —el Automatista interrumpió la digresión— aunque encontramos numerosos esqueletos bibraquios, ninguno de ellos estaba en las estructuras mayores, no, éstas estaban vacías a excepción de grandes provisiones de cintas de audio y video, lo cual apoyaría la noción de que estos lugares eran para la celebración de extraños y arcanos ritos religiosos, edificios sagrados y ocultos. Algunos de ellos, cerca del centro del grupo de continentes del otro lado de Tres tenían la forma de inmensas pirámides, casi sólidas, sólo unos pocos cuartos pequeños y pasadizos en el interior. Otro, que estaba en una península de un quinto de nuestro ámbito de desplazamiento por el meridiano, era un cubo hueco tan vasto que varios de los vehículos alados más pequeños de los bibraquios podían volar por dentro.

"Pero, como se imaginarán, las estructuras de la ciudad isleña del dique eran las más monstruosas, aunque una al pie del cuarto lago occidental era más alta. Un gran número de nuestras sondas estaban ocupadas allí, muchas de ellas explorando bajo tierra, pues la isla estaba íntegramente formada por una roca de grano fino, que los bibraquios habían acibillado de túneles y sótanos superpuestos, como edificios invertidos, torres y pináculos de espacio que apuntaban hacia abajo dentro de la solidez.

"Y entonces de la sonda que había llegado más abajo, tan lejos bajo la superficie como hacia arriba se extendía la más alta torre, nos llegó un mensaje: habíamos encontrado vida.

Hubo un movimiento ansioso en torno a la mesa redonda. Un movimiento que casi se comunicó al agua en la que flotaban los seis amigos.

—Pedimos detalles a nuestras sondas y hasta cierto punto los obtuvimos, aunque la distancia era demasiada, los ángulos demasiado bruscos y las retransmisiones demasiadas para la adecuada recepción de imágenes. Había solamente *una* fuente indicadora de vida, *un* ser, y estaba extrañamente unido a lo inorgánico.

—¡Qué horror! Pero ¿cómo? —demandó su Tierna Compañera.

—Eso es justamente lo que los robots no podían decirnos. Nos consumían el asombro

y el miedo, pero sobre todo, la curiosidad nos devoraba. Decidimos bajar y ver nosotros mismos, los tres, ya que ninguno de nosotros consentiría en ser dejado atrás.

—Pero eso era fantásticamente peligroso —protestó ella— y en contra de cualquier práctica exploratoria sólida.

—Cuando estamos allá en los mundos salvajes del Margen —intercedió el Astrogante— no siempre somos tan meticulosos. Me temo que corremos ciertos riesgos.

—Especialmente cuando además estamos fuera del alcance telepático —agregó el Planetógrafo.

—Además, estaba este *impulso*, esta urgencia atroz —continuó el Automatista—. Tan pronto como el *Quester* alcanzó el límite norte de oscilación, nos pusimos los trajes y bajamos en la nave de aterrizaje.

—Los cielos eran de un gris parduzco cuando pudimos verlos desde abajo. También los mares que se revolvían en torno a la isla. Aterrizamos en una angosta garganta —más bien una rendija—, al pie de dos vastos pilones rectilíneos, de donde nos llegaban, a gran profundidad, los signos de vida.

"Desembarcamos, sintiéndonos claustrofóbicos y sucios, a pesar de la segura protección de nuestros trajes. En el pavimento había menos basura de la que yo esperaba, aunque observé el cráneo de un bibraquio, tan pardo como la cinta de cielo sobre nuestras cabezas. Las estructuras que nos acorralaban, con sus muros de ventanas miopes mirándose unos a otros, eran indescriptiblemente opresivos.

"La sofocante garganta terminaba en el gran dique, y mirando hacia arriba, bien arriba, al tope, se veía que una parda nube de rocío era arrojada hacia lo alto cada vez que una gran ola se deshacía contra el otro lado. La idea de toda esa agua envenenada oprimiéndonos desde todos lados, y de nosotros ya tan por debajo de la superficie, se sumó a las tinieblas que abrumaban mi espíritu.

"Los robots estaban esperándonos, y con ellos iniciamos la etapa subterránea de nuestro viaje. Descendíamos generalmente por una serie de angostos pozos cuadrangulares socavados verticalmente en la roca. Por ellos viajaban unos vehículos como cajas, pero nosotros preferimos deslizarnos por nuestras cuerdas. No voy a extenderme sobre mi creciente sentimiento de opresión. Baste decir que esa vasta masa de roca se sumaba en mi pensamiento a la otra masa de agua.

"Finalmente llegamos a un penumbroso mundo de computadoras, el remanente inorgánico, estúpidamente en marcha, del alma de la cultura bibraquia. En el nadir estaban nuestros robots agrupados en torno a una vitrina profunda. Allí, sabíamos, estaba la vida que habían encontrado. Les ordenamos hacerse a un lado y vimos por nosotros mismos un sistema vitalizador manteniendo automáticamente a un sólo cerebro de bibraquio que estaba conectado a la computadora que lo rodeaba.

—Conectado, que espanto —suspiró su Tierna Compañera—. La unión del metal y la carne, abominable.

—Nos quedamos un rato contemplando esa pobre cosa rosada. Las mismas ideas y sentimientos se agolpaban en la mente de los tres: la soledad y agonía y desolación de esa mente cautiva, la última de su raza, separada por años luz (al menos hasta nuestra llegada) de cualquier otra mentalidad conocida, la mente que al pináculo de su odio o su

terror había enviado un cohete contra nosotros, la mente que podía morir al momento siguiente, o tal vez vivir por eones. Al final me encontré dando vueltas a esta sola idea: que si la Muerte tiene un cerebro en algún lugar del Universo, está allí, en Esperanza (que gira alrededor de Solitaria allá en el Brazo), profundamente enterrado en la roca de la ciudad rodeada de la isla.

"Tal vez (dirán ustedes) deberíamos haber tratado de comunicarnos con ella, hasta de desenredarla de su prisión a toda costa. Sólo sé que no lo hicimos. En su lugar retornamos (volamos, para ser honestos) hacia arriba por los magros pozos dentro del día sepia de la ciudad monstruosa, y nos embarcamos a la caza del *Quester* por el meridiano sin pensar en esperar a que volviera. Una vez a bordo, recogimos todas las sondas y partimos (¡volamos!) de Esperanza y de todo el sistema planetario de Solitaria sin sentirnos a salvo hasta que estuvimos nuevamente en el hiperespacio.

—Pensar en la soledad de esa última mente... —murmuró el Planetógrafo.

—Ese fue el más espectral de los mundos sin aurora, tal cual lo dije al principio —dijo el Astrogante con convicción—. ¿No estás de acuerdo, mi amor?

—Creo que los tres se comportaron como un hato de locos —respondió su Querida—. No se puede confiar en ustedes, en ninguno, fuera de nuestro campo telepático.

—¿Por qué no se quedaron y trataron al menos de hablar con ese cerebro enterrado? —inquirió el Dulce Amor del Planetógrafo.

—Nos sentíamos... —empezó, luego hizo un gesto de impotencia.

—Estábamos *espantados* —dijo el Automatista.

—Bueno, la reunión estuvo muy bien —dijo su Tierna Compañera con animación—, pero es hora de irse. Nosotros, querido, tenemos que ir a ver ese terrario que vamos a comprar en Deep Six.

Sin más ceremonia los tres aracnoides grandes como gorilas pero con cerebros mayores que el humano y manos aún más manipulativas, se acomodaron en los nichos a espaldas de sus ictioideas parejas. Las últimas, del tamaño de largas y sinuosas ballenas con cerebros de un quinto de su masa, sostenidas por el océano y grandes membranas cartilaginosas, se arquearon hacia arriba zambulléndose luego con mucha gracia. Nuevamente el océano estaba vacío, excepto por la tabla abandonada que se mecía a la deriva en la vigilia de ese terrible sonido atiplado.

FIN